

Para llegar a Salta

Además del peligro de choques con troncos, estaba la posibilidad de cansancio del nadador, que el cuero se ablandara prematuramente o que se volcara la balsa por alguna ola traicionera. Las crónicas de la época no dicen qué pasaba con los viajeros.



No era nada fácil viajar en aquellos tiempos. El que habiendo partido muchísimos días atrás de Buenos Aires o Córdoba con destino a Lima, avistaba por fin las cúpulas de las ricas iglesias de Salta, comenzando a soñar con un buen descanso en la espléndida ciudad, tenían aún una prueba que afrontar: cruzar el Río Pasaje (hoy Juramento).

Por supuesto que no había puentes; si tenía poco agua, toda era cuestión de buscar el cruce. Pero en épocas de crecida tenía hasta 300 metros de ancho, con correntada y oleaje. No había más remedio que acudir a los servicios de una balsa; que no era precisamente un transatlántico.

El ingenio consistía en lo siguiente: una pequeña caja hecha con maderos y forrada con cuero. Allí se acomodaba –no muy cómodo, por cierto– el viajero con su equipaje. Le echaban al agua y un nadador tomaba un lacito o tira de cuero, atado por uno de sus extremos a la “embarcación”. Y allí iban balsa, equipaje, viajero y nadador entre el oleaje. El viajero tenía expresas indicaciones de no moverse, ya que el mínimo desequilibrio significaba un naufragio desastroso. Indicación seguramente demás, ya que la mayoría debían quedarse bastante quietos... de miedo.

Además del peligro de choques con troncos, estaba la posibilidad de cansancio del nadador, que el cuero se ablandara prematuramente o que se volcara la balsa por alguna ola traicionera. Las crónicas de la época no dicen qué pasaba entonces con los viajeros, aunque podemos imaginarlo.

Este método estaba muy extendido en su uso por el interior. Dicen que en Santiago del Estero el servicio estaba a cargo de mujeres, que eran excelentes nadadoras.



Norte Argentino.